

yo pongo mi alma entre vuestras manos (Psal. 30-6), y murió. » Era el 5 de diciembre, el sexto año de Justiniano, y el 531 de Jesucristo. El monje Cirilo ordena así la cronología de su vida. Fué á Palestina á la edad de dieciocho años. Moró diecisiete años en el monasterio ; pasó cincuenta y nueve, ó en el desierto ó en la grande laura, y murió á la edad de noventa y cuatro años.

Sus exequias se hicieron con la mayor pompa. A ellas asistieron de todos los lugares del rededor un sin-número de monjes y un pueblo inmenso. El patriarca de Jerusalén, acompañado de muchos obispos y de los principales de la ciudad, también asistió, y depositaron su venerable cuerpo en el sitio donde él había visto la columna de fuego de que hemos hablado, entre las dos iglesias. A fines del siglo doce aun se veía su sarcófago cubierto de mármol.

« No obstante ; dice el historiador Cirilo, su muerte mas bien se debe llamar un sueño, puesto que habiendo vivido tan santamente, se le pueden aplicar estas palabras del Sabio : *Las almas de los justos están en la mano de Dios, ellos no sufrirán el tormento de la muerte* (Sap. 3-1). Añade que su cuerpo estaba en su tiempo tan fresco y entero como al morir, y que él mismo lo había visto, habiendo bajado espresamente á su tumba para honrar esta preciosa reliquia, cuando pusieron en ella el cuerpo del bienaventurado. Pero aunque Dios glorificase así los despojos corporales de su siervo, ha glorificado aún más su alma por los milagros que ha operado en favor de aquellos que le han invocado con confianza. »

---

#### SUCESORES Y DISCIPULOS DE SAN SABAS<sup>1</sup>

El celo de san Sabas no se limitó en fundar la célebre laura que ha llevado su nombre hasta el presente. El deseo de hacer glorificar á Dios, y de consagrarle corazones con la profesión religiosa, le animó á fundar iglesias y monasterios en cuanto pudo. Hemos visto en su vida que aparte su grande laura construyó un monasterio para los Armenios, otro en el Castillo, una casa de noviciado para aquellos que abandonaban el siglo ; otro monasterio en la torre de David ; uno cerca de Escitópolis ; otro en Nicópolis ; el de la Gruta, el de la torre de Sudoxia ó el Escolario, y el de Heptastoma, á lo cual se debe añadir el que se llamó la nueva Laura. Sobre todos estos diferentes monasterios nada tenemos que añadir á lo que hemos dicho en la vida del Santo.

La grande laura, que se llamó así para distinguirla de la nueva y de las otras, dió á la Iglesia y al estado monástico, hombres eminentes en santidad y mártires, de los cuales diferimos el hablar, por no prevenir el orden de los tiempos. No produjo tan opimos frutos la nueva laura. Como había sido la obra de la rebelión, como lo hemos explicado en la vida del Santo, no tuvo la misma parte que la grande en las bendiciones particulares del Señor.

Hemos visto que san Sabas dió por abad á aquellos que en ella se habían retirado un religioso llamado Juan, á quien Dios había favorecido con el don de profecía. Los gobernó

<sup>1</sup> El monje Cirilo, Surio, los Bolandistas, Bulteau.

siete años, al fin de los cuales estando cerca de la muerte, y estando los principales de la laura al rededor de él, les dijo llorando : « Bien pronto veréis el tiempo en que aquellos que morarán aquí se apartarán del camino recto de la fé, y se elevarán por su orgullo ; pero su temeridad les perderá y su complot será destruido. » Los posteriores acontecimientos demostraron que había hablado por el espíritu de Dios. Después de su muerte, los religiosos, por el consejo mismo del Santo, eligieron por superior á Pablo, Romano de origen, recomendable por sus virtudes y sobre todo por su desprendimiento, pero por otra parte muy simple y sin talento para los propios asuntos. Aun no había ocupado esta plaza seis meses, cuando la dejó y se fué á la Arabia, desde donde pasó á la Palestina, y murió en el monasterio de Severiano.

En su lugar pusieron á Agapeto, hombre más capaz, y á quien no se engañaba fácilmente. Así que hubo adquirido conocimiento de su comunidad, halló en ella cuatro monjes origenistas ocultos, que Pablo, en su simplicidad, había admitido. El principal de entre ellos era un tal Nono de Palestina, quien, bajo un exterior piadoso, ocultaba un espíritu perverso y un alma infectada no sólo de las locas opiniones de Orígenes, mas aun de los errores de los paganos, de los Judíos y de los Maniqueos. Agapeto temiendo, y con razón que pervertiesen á los otros, dió conocimiento de ello al patriarca Elías, y por su orden los expulsó de la laura. Ellos se fueron á la campiña, en donde se esforzaron en sembrar zizaña. Muerto Elías, Nono fué con sus compañeros á Jerusalén, y osó presentarse á Juan su sucesor, para quejarse que les habían expulsado sin motivo de la nueva laura. El patriarca llamó á san Sabas y al abad Agapeto para saber de ellos la verdadera razón de la cosa ; y así que la supo aprobó lo que ellos habían hecho, y dejó á estos malvados sujetos sin esperanza de ser nue-

vamente recibidos. Volvieron, pues, al sitio de donde habían venido, aguardando una ocasión más favorable. Ella se presentó cinco años después. Agapeto murió y Mamas fué puesto en su lugar. Así que lo supieron, fueron á suplicarle que les recibiera, y él cometió la imprudencia de hacerlo sin saberlo el patriarca ni san Sabas. Se guardaron muy mucho de manifestar su veneno en vida del Santo ; pues en todo el tiempo que vivió de nada cuidó tanto como de conservar sus religiosos en la fé ortodoxa. Pero después de su muerte empezaron á manifestar sus errores, los hicieron gustar á los más ingeniosos de la nueva laura, infectaron también la de Fermin y el monasterio de Martirio, y á muchos otros monjes simples ó ignorantes, y se esparcieron en muchos territorios de la Palestina para hacer recibir allí su perniciosa doctrina. La laura de Suca, aunque vecina de la suya, fué preservada de ella por los desvelos de san Ciriaco. Pero la grande laura de san Sabas tuvo necesidad de ser purgada de la misma. Muerto el abad Melito cinco años después que el Santo, lo mismo que Teodulo, Gelasio, que le sucedió, vió con dolor que el origenismo ya había hecho progresos en su comunidad ; y por consejo de san Juan el Silenciero, hizo leer en la iglesia un tratado de Antipater obispo de Bosro contra la doctrina de Orígenes. Los origenistas quedaron por esto en extremo irritados, celebraron asambleas privadas y se hicieron expulsar de la laura en número de cuarenta.

Fueron á refugiarse cerca de Nono y de Leoncio de Bisancia, jefes de esta secta en la nueva laura, gritando mucho contra Gelasio y los Padres de la grande ; y allí, todos los satélites del origenismo celebraron un consejo entre ellos, y Leoncio, quien dominaba con Nono, fué de parecer que se diera un golpe de estado, y que se fuera á arruinar la laura de san Sabas, ó que se obligara á los monjes á abrazar su doctrina. Por primera providencia se fue

ron todos reunidos al monasterio de san Teodosio, del cual Sofronio era entonces superior, acariciándose de atraerle lo mismo que sus religiosos, á su partido; pero habiendo sido rechazados con confusión, se volvieron más furiosos, y reunieron de diversos lugares picos, garfios, palancas de hierro y otros instrumentos, con paisanos para ayudarles, y marcharon hacia la grande laura, con la intención de destruirla.

Dios, quien había tomado esta obra de la piedad de san Sabas bajo su protección, no permitió que ejecutasen su designio. Quedaron de tal modo cegados, aunque esto fuese á las ocho de la mañana, que todo el día anduvieron con mucha fatiga por lugares escabrosos é intransitables, y al día siguiente se hallaron cerca del monasterio del bienaventurado Marciano, en el vecindario de Belén, y por tanto bien lejos de la grande laura. Este milagro los confundió, pero no cambiaron. Volvieron á la nueva laura, y se prepararon para nuevos excesos. Saldríamos de los límites que nos están prescritos si hiciéramos aquí todo el detalle. Esto es mas propio de la historia eclesiástica que de la monástica. Diremos solamente en síntesis, que Pedro, quien había sucedido á Juan, patriarca de Jerusalén, habiendo enviado por medio de algunos monjes de Palestina una carta al emperador Justiniano, en la cual le informaba sobre los desórdenes que los origenistas cometían en Palestina; este príncipe había hecho redactar un largo edicto contra la doctrina de Orígenes, que fué llevado á Jerusalén y suscrito por todos los obispos de Palestina y los abades del desierto, por lo cual Nono y los de su partido quedaron tan irritados, que abandonaron la nueva laura, se retiraron en el plano y se separaron de la comunión de los católicos.

Teodoro, obispo de Capadocia, origenista y protector de Nono y de sus secuaces, estaba entonces en Constantino-

pla y privaba mucho en la corte. Así que supo esto, mandó prender á los apocrisarios<sup>1</sup> de Jerusalén, quienes á la zazón estaban en la ciudad imperial, y les dijo encolezado, que si el patriarca Pedro no complacía á estos monjes, y no los restablecía en su laura, él mismo iría á echarle de su silla.

Pedro intimidado por estas amenazas, ó engañado por una carta artificiosa de estos perversos monjes que Teodoro les aconsejó le escribieran, cedió enseguida, se acomodó con ellos, y así Nono y los suyos volvieron á la nueva laura, conservando siempre más acritud contra los Padres de la grande laura y contra san Sabas. Teodoro también obligó á Pedro á tomar por sincelos<sup>2</sup> á Pedro de Alejandría y á Juan el Sincero monjes de su partido.

Hinchados por este éxito y más atrevidos todavía, por todas partes predicaron públicamente los errores de Orígenes, y declararon la guerra á los Padres de la grande laura, buscando continuamente los medios de dañarles, hasta tal punto, que cuando veían en Jerusalén algún monje ortodoxo, le llamaban *Sabaita*, lo hacían azotar por los seglares y lo echaban de la ciudad.

Había á la zazón cerca del Jordán unos monjes Besos, originarios de Tracia, quienes, movidos del celo, acudieron en auxilio de los católicos; pero los origenistas les obligaron á refugiarse en el hospicio de la grande laura, á donde fueron con furor á atacarles para matarlos. Eran

<sup>1</sup> Dignatarios eclesiásticos que tenían la categoría inmediata á los obispos. Se daba este mismo nombre á los oficiales del emperador encargados de juzgar las diferencias entre los oficiales de palacio, de llevar los mensajes etc. En la corte pontificia los apocrisarios ordinariamente diáconos ó subdiáconos, eran nuncios residentes cerca de los príncipes católicos.

<sup>2</sup> El sincelo, dignatario de la Iglesia de Oriente, moraba continuamente cerca del patriarca, para dar testimonio de todas sus acciones. El sincelo de Constantinopla era casi siempre un gran personaje.

en número de trescientos, y hallando la puerta cerrada, rompieron las ventanas y echaron muchas piedras contra aquellos que estaban dentro. Entonces uno de estos Besos, llamado Teodulo, se armó con una pala, hizo una salida sobre ellos, y aunque solo, los dispersó á todos, cuidando de no herir á ninguno; pues su intención no era más que obligarlos á retirarse; pero la suya no era tan inocente, pues recibió de ellos una pedrada de la cual murió pocos días después. Por fin los Padres de la grande laura viendo estos desórdenes, rogaron á Gelasio su abad, que él mismo fuera á Constantinopla y diera conocimiento al emperador. Cuando iba á partir los reunió en la iglesia y les dijo: « Yo emprendo, Padres míos, este viaje como vosotros deséais; yo no sé lo que sucederá; pero os conjuro que no sufráis con vosotros á ningún religioso que esté adepto á Teodoro de Mopsuesta, pues éste es un hereje, y nuestro santo Padre Sabas no le detesta menos que á Origenes<sup>1</sup>. Yo tengo un grande arrepentimiento de haber suscrito un libelo que fué hecho en el desierto por orden del patriarca, y de no haberlo anatematizado; pero Dios que vela por su Iglesia, ha impedido que el libelo haya sido recibido y ha querido que todo fuese condenado. »

Después de esta recomendación, Gelasio partió para Constantinopla; pero Teodoro de Cesárea, quien aun se hallaba allí, así que fué sabedor de su llegada, hizo dar orden tanto al hospital de los huérfanos, como en casa del patriarca y en palacio, que no recibieran ningún monje que viniera de Jerusalén; de suerte que Gelasio fué rehusado por todas partes, y temiendo nuevos artificios de parte de Teodoro, salió de la ciudad para volver por tierra á Palestina; pero murió por el camino en Amorío, villa de Fri-

<sup>1</sup> Teodoro, obispo de Mopsuesta, fué condenado como pelagiano por el quinto concilio ecuménico (segundo de Constantinopla), celebrado en 553.

gia, en el mes de octubre. Los Padres de la grande laura sabiendo su muerte pasaron á Jerusalén, para pedir un abad al patriarca Pedro; pero sus dos sincelos, Pedro de Alejandria y Juan el Sincero, los hicieron echar vergonzosamente de la casa episcopal, y ellos se volvieron sin haber hecho nada. Entonces el escándalo fué mayor: casi todos los monjes se unieron á los Origenistas, cediendo unos á la necesidad ó á los halagos y otros por ignorancia ó por temor; sólo la grande laura se les resistió, y ellos hicieron todos sus esfuerzos para apoderarse de ella.

En fin usaron tantos artificios, que llegaron á hacer elegir un abad, llamado Jorge, y lo pusieron á mano armada en posesión de la silla de san Sabas. A la manera que se ven dispersarse las ovejas al acercárseles el lobo, dice el monje Cirilo, así los santos Padres de la laura se dispersaron casi todos en diversos lugares. San Juan el Silenciero, quien vivía allí recluso desde muchos años, también abandonó su celda y se retiró al monte de las Olivas, á donde muchos le siguieron. Pero el mismo día que los echaron de la laura, el impío Nono, autor de estos males, fué visitado por una muerte repentina; el infame Jorge, tan corrompido en sus costumbres como en su fé, después de haber deshonorado este Lugar santo por espacio de seis meses, fué ignominiosamente expulsado de él por sus vicios, sin que ninguno de aquellos que lo habían colocado osara tomar su defensa.

Los pocos religiosos que habían quedado en la laura le substituyeron por Casiano de Escitópolis muy recomendable por sus virtudes. Desde su infancia había sido educado bajo los auspicios de san Sabas, y con el tiempo, fué hecho sacerdote y ejerció las funciones de su orden en la grande laura. Fué elegido abad de la de Suca, que conservó con gran cuidado en la observancia regular y en la fé ortodoxa. Hacía ocho años que la gobernaba, cuando los Pa-

dres de la grande laura lo escogieron por su abad por indicación del patriarca ; pero murió á los diez meses, y dieciséis años después de la muerte de san Sabas.

Fué reemplazado en su cargo por el venerable Conón de Licia, quien había abrazado la vida monástica en su patria, siendo aún muy joven, donde había hecho grandes progresos en las virtudes de su estado. Después de la muerte de san Sabas fué á Jerusalén para visitar los santos Lugares, y Dios le condujo á la grande laura para el bien espiritual de aquellos que en ella moraban ; pues no fué solamente para ellos un motivo de edificación por sus ejemplos y sobre todo por su dulzura y su discreción, sino también de consuelo por sus luces y los dones que Dios había depositado en él. Se había conservado inviolable en la fé ortodoxa, y su doctrina estaba fuera de toda sospecha. Tal era el respetable Conón cuando lo eligieron por abad ; así, se reconoció por el bien que hizo, que esta elección no era de los hombres, sino de Dios. Reunió en poco tiempo á todos los Padres que las perturbaciones de los origenistas habían obligado á dispersarse en diversos lugares ; recibió también nuevos sujetos ; su comunidad aumentó mucho, y la laura floreció más que nunca. Sucedió todo lo contrario con los origenistas. Después de la muerte de Nono se dividieron entre sí, como ordinariamente sucede á los herejes, quienes, no teniendo dirección fija, son agitados por todo viento de doctrina, y cada uno anda á su gusto por los caminos del error. Dios renovó en ellos, dice el historiador Cirilo, el milagro de la confusión de las lenguas, por el cual disipó los malos consejos de los orgullosos que osaron levantarse contra él ; pues los origenistas de la nueva laura y los del monasterio de Fermin, comenzaron á declararse la guerra ; los primeros llamando á los otros ó *Protoctistas* ó *Tetraditas*, y éstos les llamaban á su vez *Isocristas*, según los diversos sentimientos que los dividían

entre sí en sus errores. Teodoro de Capadocia, de quien hemos hablado, y quien continuaba siendo poderoso en la corte, sostenía el partido de los de la nueva laura ó de los *Isocristas*, y de ellos hizo muchos obispos y abades en Palestina. Los Protoctistas del monasterio de Fermin tenían por corifeo un cierto Isidoro, quien, viendo que no podía resistir á la autoridad de Teodoro y á los de la nueva laura, fué á encontrar al abad Conón, le prometió en la iglesia de Sión renunciar á los errores de Orígenes y combatirlos con todas sus fuerzas, y le siguió á Constantinopla por donde fué diputado.

Tuvieron que sufrir mucho por parte de Teodoro de Cesárea cuando allí hubieron llegado ; pero arrostraron con su paciencia todos los obstáculos que se les opuso. Pocos días después, muerto Pedro patriarca de Jerusalén, los origenistas de la nueva laura hicieron elegir á Macario por sus facciosos, lo que causó una sedición. El emperador quedó muy irritado contra ellos y contra Teodoro de Cesárea que los sostenía, y mandó que Macario fuese echado de su silla. El abad Conon aprovechó hábilmente esta ocasión y presentó una demanda al emperador, en la cual le detallaba todos los crímenes de los origenistas. Esto le dió autoridad, y le animó á proponer á Eustoquio, ecónomo de la iglesia de Alejandría, quien á la sazón estaba en Constantinopla, para ocupar la plaza de Macario ; lo que el emperador aprobó. Se hacían las preparaciones para celebrar el quinto concilio general, y con este motivo Conón pidiendo su venia á Eustoquio para partir de la ciudad imperial, le propuso á Eulogio como diputado para el concilio, quien era abad del monasterio de san Teodosio ; y realmente lo diputó ; pues envió para representarle en este concilio tres obispos y tres abades, de cuyo número fué Eulogio.

Habiendo los origenistas sido condenados en este con-

cilio, el emperador envió sus actas, á Jerusalem, las cuales suscribieron los obispos de Palestina ; pero los monjes de la nueva laura no quisieron someterse á él y se separaron de la comunión católica. Eustoquio hizo cuanto pudo por espacio de ocho meses para volverlos á la unidad de la fé. Les reiteró sus advertencias y exhortaciones con toda la caridad posible ; pero como se endurecieran cada día más, el emperador ordenó al duque Anastasio que los expulsase de la laura, y así libró á toda la provincia de esta peste.

El patriarca Eustoquio no quiso que esta laura permaneciera desierta. Puso en ella ciento veinte monjes ortodoxos, sesenta de los cuales eran de la grande laura, y los otros de diferentes monasterios ; y les dió por superior un religioso de la grande laura, llamado Juan, quien, antes que abrazada la profesión religiosa, había sido oficial de guardias del emperador. El historiador Cirilo, á quien tanta frecuencia hemos citado, fué también de su número. Estaba en el monasterio de san Eutimio, de donde, por consejo de san Juan el Silenciero, los Padres de la grande laura le llamaron para pasar á la nueva. Dice que se reunieron todos en Jerusalem, y que de allí salieron en orden presididos del patriarca y su nuevo superior para trasladarse á Tecue, y que así que el duque Anastasio hubo obligado á los origenistas á abandonar la nueva laura, ellos entraron en ella veintitrés años después de la muerte de san Sabas. Entonces se vió cumplida la predicción del abad Juan, á quien san Sabas habia dado por superior á los monjes de la nueva laura, como lo hemos referido al principio de este capítulo.

« Así, dice el monje Cirilo, cesó la guerra que se había levantado contra la piedad ; y de buena gana pido al Profeta me preste su voz para cantar con él : *Que la soledad se regocije y florezca como un lirio* (Ysai. 36-1), pues el Señor,

lleno de ternura para sus hijos, dijo en su misericordia : *Yo he visto la aflicción de mi pueblo*, (Exod. 3-7) de Jerusalem, he oído sus gemidos, yo quiero librarlos. En efecto, él lo quiso y nos ha visitado ; y viniendo á nuestro auxilio, no solo nos ha librado de la tiranía de los origenistas y los ha apartado bien lejos de nosotros ; sino que nos ha puesto en posesión de sus tabernáculos, y nos hemos aprovechado del fruto de sus trabajos, á fin de que seamos fieles á sus ordenanzas, y cumplamos su santa ley. Que por ello le sea dada gloria en todos los siglos. »

Después de haber hablado de los sucesores de san Sabas hablaremos de sus discípulos. Se puede juzgar de su número por el de sus lauras y de sus monasterios donde había comunidades considerables. Si no tuvo el consuelo de ver cumplidos sus deseos en muchos, por más que se desvelase en formarlos en las virtudes religiosas, esto por su parte no fué ni defecto de talento ni de celo, ni tampoco de caridad ni de dulzura. Solo el mal provino de los indóciles, quienes, queriéndose conducir por su propia voluntad, sacudieron el yugo de la obediencia. lo que los condujo á los desórdenes que acabamos de describir. Pero si este gran Santo tuvo el dolor de ver inutilizados sus cuidados por la indocilidad de algunos, Dios le consoló con el fruto que la mayor parte sacaron de ellos ; y si la historia de sus lauras nos presenta algunos ejemplos poco edificantes, en cambio nos compensa ampliamente por otros que nos lleva á glorificar á Dios en sus Santos.

El monje Cirilo nos conservó los nombres de algunos, quienes fueron unos imitadores del celo y de la santidad de su santo Padre, y se hicieron dignos por sus virtudes de fundar también otras lauras. Tales fueron, aparte Juan el Profeta superior de la que se llamó la nueva, tales, digo yo, fueron Jaime, quien fundó la laura de *las Torres* ; el bienaventurado Fermin, quien fundó la del país de *Machmas* ó